Carpio; Adolfo: Principios de Filosofía: una introducción a su problemática. Glauco (5ed.), Buenos Aires, 2004, pp. 127-129

4. La razón y la fe

En vista de tal heterogeneidad y discrepancias, no es difícil entrever cuál haya sido el problema que hubo de plantearse al pensamiento cristiano en cuanto pensamiento: su problema fundamental consiste en preguntarse si es posible incorporar a su mundo espiritual la filosofía griega y, en general, la racionalidad, y, en caso de contestarse afirmativamente, cómo ello sea posible. ¿Se trata de concepciones a pesar de todo conciliables, o no? ¿Qué clase de relación o relaciones puede haber entre la razón y la fe; entre la revelación y el conocimiento natural, entre lo sobrenatural y la naturaleza; entre la religión y la teología, por una parte, y la filosofía, por la otra?

Pues bien, frente a este problema de las relaciones entre razón y fe cabe pensar cinco soluciones posibles, que de hecho son a la vez otras tantas actitudes permanentes del hombre frente a la cuestión, atestiguadas históricamente: a) eliminar la razón; b) eliminar la fe; c) separar radical y antitéticamente la fe de la razón, como dos dominios por completo heterogéneos e incommunicables; d) considerar la fe como supuesto de la razón; y e) distinguirlas y armonizarlas. Nos referimos brevemente a las cuatro primeras tesis, para ocuparnos luego con más detalle de la última, representada por Santo Tomás.

a) Lo *primero* que el cristiano podía hacer, y lo que en efecto se hizo ante todo, era rechazar la razón, declararla totalmente inadecuada para captar los contenidos de la fe; ésta representa entonces la antirrazón, aunque por el motivo inverso del que aducirá la segunda tesis. La razón humana no puede penetrar en el sentido de la Revelación; y en su fondo es la razón algo demoníaco, que lo llena al hombre de soberbia, de presunción, y no de la humildad con que debe rendirse a la fe. Si la razón se opone a la revelación, ello se debe a la debilidad de la razón. **Tertuliano** (alrededor de 160-220), violento enemigo de los filósofos, los consideraba los "patriarcas de los herejes".¹¹ Nada tiene que ver Atenas con Jerusalén, ni la Academia con la Iglesia, ni los herejes con los cristianos.¹² *Cedat curiositas fidei*, que la curiosidad deje el lugar a la fe, con la cual le basta al cristiano, que no necesita buscar nada fuera de ella. La "antifilosofía" de Tertuliano se condensa en la famosa fórmula *credo quia absurdum*, "creo porque es absurdo", expresión que, si bien no se encuentra en sus obras, manifiesta perfectamente su punto de vista. En efecto, escribió: "Fue crucificado el hijo de Dios; no nos avergüenza, porque

¹¹ *De anima* 3 (cit. por F. UEBERWEG, *Grundriss der Geschichte der Philosophie* [Tratado de historia de la filosofía] II parte: *Die patristische und scholastische Philosophie* [La filosofía patristica y escolástica], Basel, Schwabe. ¹² 1951.p. 51).

¹² Cf. *De praescriptione haereticorum* 7 (cit. por UEBERWEG. *op. cit.*, p. 50).

es vergonzoso. Murió el hijo de Dios; es plenamente creíble, porque es insensato. Y habiendo sido sepultado, resucitó; es seguro, porque es imposible".¹³ -No debe imaginarse que esta posición sea exclusiva de los primeros tiempos cristianos; más bien es una constante, que reaparece, bajo formas distintas, por ejemplo en **Lutero** (1483-1546) -de quien es la expresión "prostituta razón"-; en **Kierkegaard** (1813-1846) -"justamente lo absurdo es el objeto de la fe y lo único en que puede tenerse fe"-¹⁴, quien de modo explícito se refiere a Tertuliano; y también, en cierto sentido al menos, en **Miguel de Unamuno** (1864-1936).¹⁵

b) Si aquellos autores ponían de relieve o en primer plano el misterio, este elemento desaparece por completo según la *segunda* posibilidad, que invierte a la primera al eliminar la fe y no dejar subsistir más que la razón; si la Revelación se opone a la razón, no puede ser verdadera. Lo cual significaba, concretamente, rechazar el cristianismo, o, al menos, no aceptar de él sino lo que pudiera demostrarse racionalmente o interpretarse como símbolo de verdades racionales. Que la revelación ofrece de manera alegórica, figurada, verdades que sólo de ese modo son accesibles al vulgo, pero que el filósofo reconoce racionalmente, lo sostuvieron **Filón el Judío** (nac. alrededor del 25 a.C, muerto después del 50 d.C), dentro de la teología judía, y **Orígenes** (185/6-254) en la cristiana. En el siglo **XI**, **Berengario de Tours** (1000-1088) negó la transformación del pan y del vino en la carne y la sangre de Cristo, aduciendo que era imposible un cambio sustancial sin que a la vez cambiasen los accidentes; es decir, lo negó apoyándose en tesis filosóficas. Pero, en lo fundamental, esta teoría será característica de los tiempos modernos: los *deístas* (**J Toland**, **M. Tindal**, **Voltaire**), hacia fines del siglo XVII y en el XVIII, sostienen la posibilidad de una *religión natural*, es decir, fundada solamente en la razón. También podría incluirse en este apartado a **Hegel**, en la medida en que para él la religión no es más que un estadio en el desarrollo del espíritu absoluto, estadio que queda superado en la filosofía, momento conceptual o racional del espíritu (cf. Cap. XI, § 13).

c) La *tercera* posibilidad consiste en separar por completo fe y razón y considerar que se trata de dos zonas comunicables entre sí y heterogéneas, hasta el punto de que algo puede ser verdadero en materia religiosa y falso para la filosofía, o viceversa; que se puede entonces ser cristiano en tanto creyente, y no serlo en tanto filósofo. Es la doctrina de la *doble verdad*, muy difundida en la Edad Media, a partir del siglo XIII, por obra del averroísmo,¹⁶ y que expresa muy bien la situación espiritual de la época, vacilante entre dos autoridades, el pensamiento griego de un lado, la tradición cristiana del otro.

d) La *cuarta* posibilidad se la encuentra en uno de los personajes más interesantes y apasionantes de la Iglesia, en **San Agustín** (cf. Cap. III, § 8). Para San Agustín la fe es el presupuesto de la razón, la ayuda o base firme con cuyo concurso tan sólo, y a partir de la cual únicamente, puede llegarse a alguna comprensión de las verdades últimas, si bien dentro de los límites de la finitud humana. *Credo ut intelligam*, "creo para comprender" dice su célebre fórmula.- Hacia fines del siglo **XI**, **San Anselmo** (1035-1109), que va a exponer el llamado "argumento ontológico" (cf. Cap. VIII, § 11, y Cap. X, § 20), nos dice que escribe desde el "punto de vista de alguien que se esfuerza por elevar su mente a la

¹³ *De carne Christi* 5 (cit. por UEBERWEG, *op. cit.*, p. 51).

¹⁴ *Werke [Obras]* 16/1 [1957], p. 200 (cit. en J. RITTER, *Historisches Wörterbuch der Philosophie [Diccionario histórico de la filosofía]*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1971, tomo I, p. 66).

¹⁵ Cf. *Del sentimiento trágico de la vida*, espec. Cap. IV.

¹⁶ AVERROES (cf. arriba, p. 128), filósofo árabe, comentarista de Aristóteles, ejerció gran influencia en Occidente durante la Edad Media y el Renacimiento.

contemplación de Dios y que trata de *entender lo que cree*",¹⁷ el punto de vista de la *fides quaerens intellectum*, "la fe en busca del entendimiento":

deseo entender algo de su verdad [la de Dios], en que cree mi corazón y que ama. Por tanto, no trato de entender para creer, sino que creo para entender. Pues creo que no puedo entender sin haber creído antes.¹⁸

Ahora debemos ocuparnos de Santo Tomás, cuya posición es quizá -dentro, se entiende, de la religión- la que mejor hace justicia a ambas facultades, a la razón y a la fe.

5. Santo Tomás de Aquino

Santo Tomás de Aquino (1225-1274), llamado "doctor angelicus" y "doctor communis", en quien la filosofía escolástica, y en general la cristiana, llega a su forma más perfecta, es un caso curioso como pensador. Porque aunque no pueda decirse que carezca de originalidad,¹⁹ no es el filósofo audaz de los descubrimientos revolucionarios; por el contrario, su extraordinario genio reside más bien en su notabilísima capacidad constructiva, sistemática -se ha comparado sus *Sumas* con las catedrales góticas-, para lograr una síntesis cabal sirviéndose de todo el saber precedente por él conocido. A ello se agrega la perfecta claridad y concisión con que expone, la objetividad y respeto con que procede. La estructura de sus obras es en este sentido ejemplar: comienza por plantear claramente el problema que le preocupa, pone de relieve las dificultades, presenta con objetividad las opiniones divergentes, y por último formula su propia teoría, convenientemente demostrada. "El genio del orden", se lo ha llamado,

Aquí no puede trazarse ni siquiera un rápido esquema de la totalidad de su pensamiento. Y ello no sólo por razones de espacio, sino porque ante todo Santo Tomás fue, según su propia intención, *teólogo* y no filósofo; o, por mejor decir, fue filósofo tan sólo "en vista de los servicios" que la fe "aporta a la sabiduría cristiana".²⁰ En segundo lugar, porque, en lo que a su filosofía toca, exponerla en conjunto significaría en buena parte repetir conceptos y teorías que ya se han visto en Aristóteles -puesto que, en efecto, y por más esquemático que ello sea, puede caracterizarse a la filosofía tomista diciendo que se trata de un *aristotelismo cristiano*.²¹ Aun a riesgo, sin duda, de omitir doctrinas, cuya importancia filosófica esté fuera de duda, aquí se deja de lado, entonces, la riqueza del pensamiento de Santo Tomás, la amplitud y profundidad del mismo, para limitarnos a sólo tres cuestiones: a) Su solución al problema de las relaciones entre razón y fe, solución que representa un "modelo" de equilibrio y es la actitud dominante en la filosofía cristiana, y, en general, en toda filosofía que pretenda marchar de la mano con las preocupaciones religiosas, b) Las demostraciones o vías merced a las cuales puede

¹⁷ SAN ANSELMO. *Proslogion (La razón y la fe)*, trad., intr. y notas de R.P. Labrousse, La Plata-Buenos Aires, Yerba Buena, 1945, p. 1 I (subrayado nuestro).

¹⁸ *op. cit.*. Cap. I. (ed. cit., p. 17)

¹⁹ M. de WULF. *Histoire de la philosophie médiévale*, Louvain-Paris, Vrin, ⁶ 1936, tomo II, p. 179, señala como teorías introducidas por el Angélico: "unidad del principio substancial; doctrina de las formas subsistentes y noción peripatética de la materia; evolución pasiva de la materia; distinción de la substancia y de sus facultades; distinción real entre la existencia y la esencia; poder de la inteligencia dentro de sus límites naturales sin iluminación especial; carácter accidental de toda cualidad y toda acción, incluida la luz; concepción intelectualista de la vida psíquica."

²⁰ É. GILSON, *Le thomisme*, p. 14. Cf. M. BAUMGARTNER, *loc. cit.* en nota 3.

²¹ J. Marías, escribe que "el interno de Santo Tomás es no hacer filosofía. No hacerla porque ya está hecha: la ha hecho Aristóteles"; por tanto, en todo caso, "Santo Tomás hace filosofía en los intersticios del aristotelismo" ("La doble verdad", en *¿a Nación*, 14 de noviembre de 1971).